

P. 6171
A 2
B 54

AUTORES ESPAÑOLES



FONDO EDITADO
MALVERDE Y TELLEZ

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑIA,
sucesores de RIVADENEYRA.— Calle del Duque de Osuna, núm. 8.

DISCURSO PRELIMINAR.

No trato de escribir la historia de la filosofía en España, sino sólo de consignar algunas observaciones sobre los hombres más notables que la han cultivado: aquélla sería una empresa de las que requieren muchos años, largos estudios y una colección de libros muy difícil de adquirir, por lo peregrinos que se han hecho en nuestra patria: el propósito de trazar un bosquejo de los principales filósofos españoles cabe en los límites de mi posibilidad, y sobre todo, de mi confianza.

No se trata por mí sino de ofrecer á los estudiosos algunos materiales para que no falte quien con más tiempo, con más experiencia y más doctrina se aventure á escribir una historia de la filosofía en España, para la gloria y demostración, no ménos verídica que elocuente, de que las ciencias han florecido en nuestra patria, y que podemos ostentar una serie numerosísima de sabios, al par de los grandes poetas, novelistas é historiadores que tan alto renombre han conseguido.

Tal es el designio que me ha guiado al formar este Discurso, que sirve de introducción á las *Obras escogidas de filósofos españoles.*

LUCIO ANNEO SÉNECA, nacido en la ciudad de Córdoba é hijo de Marco Anneo, el abuelo de Lucano, fué ejemplo admirable del favor y de la inconstancia de la fortuna.

Famoso en Roma por sus estudios y por su elocuencia, tuvo que huir de la envidia del malvado Caligula, porque éste anhelaba obtener entre los más insignes oradores de su siglo el renombre más preferente.

Muerto Cayo César, tornó á Roma; pero la disoluta esposa de Claudio, la meretriz Mesalina, mandó, por causas ignoradas de la historia, desterrar á SÉNECA á la isla de Córcega. En ella pasó el filósofo ocho años entregado á la contemplación de las cosas naturales y á escribir en loor de las virtudes, para consuelo en las adversidades y para refrenar la codicia con la modestia de la sabiduría.

Si una mujer perversa sacó de Roma á SÉNECA, apartándolo del bullicio de la corte y lanzándolo á las soledades, otra no ménos inicua y ambiciosa lo volvió á Roma y con nuevos honores al palacio de los Césares. Agripina, que esperaba conseguir el imperio para su hijo Domicio Neron, alcanzó del emperador Claudio la remisión del destierro y la pretura para SÉNECA, fiada en que éste, grato á ambos favores, contribuiría con su grande entendimiento á ayudarla en sus atrevidos designios.

No se engañó Agripina, porque la ambición cuando se arma del poder rinde fácilmente á la virtud, flaca y vacilante por el desprecio del mundo, y la suele llevar á su lado para que le sirva de autoridad y de disculpa á sus maldades á los ojos del mundo, venerador de la sinceridad y pureza de vida sólo en el nombre.

SÉNECA fué el maestro de Neron: Tácito nos lo hace cómplice, consejero y defensor de sus crímenes.

Ocupó Neron el trono de Augusto, y al poco tiempo de ocuparlo manchó sus manos con la sangre de sus parientes y de algunos de sus amigos. Ciertamente SÉNECA no se apartó de Neron:

010214

éste, sin duda, embriagaba á la filosofía de su maestro con los halagos de la grandeza y del poderío.

Así, para confusión y para testimonio de la flaqueza del hombre, el autor de los libros de *La divina Providencia*, de *La vida bienaventurada*, de *La tranquilidad del ánimo*, de *La constancia del sabio* y de *La brevedad de la vida*, manifestaba que el filósofo no debería en manera alguna tener riquezas arrebatadas á otros ni teñidas en ajena sangre. Fué gran filósofo y quiso imitar á los que honraron el pórtico de Aténas, encareciendo las ventajas, así del desprecio de la riqueza como de seguir la honesta pobreza. Pero en la hora de poner en práctica las máximas que, para enseñanza de la humanidad, esparció en sus escritos con el auxilio de su vigorosa elocuencia, desaparecieron de su entendimiento todas las sentencias filosóficas y todos los ejemplos que le ofrecía la historia de la sabiduría de Grecia.

El hombre que se allanaba á ser maestro de Neron cuando Neron afligia á la patria y cuando los vicios y los sobornados matadores pisaban segura y honradamente los umbrales de su palacio, no podía llamarse el SÉNECA autor de aquellos libros que han llegado hasta nosotros con la siempre merecida veneración de las edades.

Litaco y Anacársis Escita, llamados por Crespo para recibir hospitalidad y honores en el alcázar del más rico de los más ricos monarcas de la tierra, respondieron: «Agradecemos, oh rey, tu largueza en ofrecernos tesoros: ninguno de ellos tomaremos, pues nos basta la posesion de lo poco que sirve para nuestra vida. Irémos á verte sólo para conocer á quien es tan hospitalario.»

Olvidó SÉNECA estos ejemplos de filosofía, y asistió en la córte de Neron, no para regir con sabios consejos el ánimo del jóven emperador, desvanecido con el poder de Roma, sino para enriquecerse con las dignidades, bajo la sombra del trono de un príncipe alevoso.

No faltó quien en públicos parajes murmurase de la codicia de SÉNECA, y quien por ello mereciese castigo, acompañado de infamia. Hubo un Publio Svilio, que osó manifestar cuanto había juntado aquel filósofo en el espacio de cuatro años, con destrucción de Italia y las provincias, lamentando la sequedad de un hombre que de vicio en vicio, infatigable y desdeñosamente caminaba. Pero no pasó mucho tiempo sin que lo acusasen ante el Senado algunos de los que en su servicio contaba Neron para vengarse de sus contrarios, ó para aniquilar á los que odiaba por capricho. SÉNECA, ardiendo en deseos de castigar en Svilio las reprensiones del vulgo por su desordenada vida y por su avaricia, buscó en tales hombres los instrumentos de su venganza primeramente, y en los senadores despues, ministros fáciles á servir á las tiranías y á los consejeros de los tiranos. Y así, el maldiciente Svilio salió de Roma desterrado, con perdimiento de bienes, por el delito de robador del fisco cuando en los tiempos de Claudio tuvo á su cargo la gobernación de una provincia.

En todas las maldades que de Neron nos refiere la historia aparece el filósofo de Córdoba. Cuando Agripina escapó del naufragio que le había dispuesto el hijo, éste, temeroso de que ella, con el crédito que alcanzaba cerca de las cohortes pretorianas, le arrebatase el imperio y la vida, llamó á sus dos consejeros Burrho y SÉNECA, y entre todos acordaron que un liberto diese muerte á Agripina por medio del hierro.

No satisfecho de esto el César parricida, escribió una carta al Senado participándole que su madre, despues de enviar contra él á un asesino, viendo frustrado su perverso intento, había puesto fin á su existencia en un arrebato de desesperación y de terror.

Todos culparon á SÉNECA en la maldad, y vieron en aquella carta, escrita por el filósofo á nombre del Emperador y con mal artificiosas razones, una confesion del delito.

Así vivía el sabio, olvidado de la moralidad, á que tanto exhorta en sus libros; así con sus consejos alentaba para nuevos crímenes á Neron; así con los rasgos de su ingenio pretendía encubrir las sangrientas ejecuciones de un tirano á los ojos del Senado y del pueblo.

Aunque SÉNECA permaneció muchos años en la cumbre de toda prosperidad, la inconstancia de Neron comenzó á mirar con desvío al cómplice de sus delitos. Las voces de la envidia y de los que se indignaban al ver el fausto y la vana ostentación que iba siempre con el que anhelaba resucitar la secta estoica en la Roma acostumbrada á los vicios de sus emperadores y patricios, llegaron á sus oídos. El ódio con que los malos miran á los consejeros y ocultadores de sus detestables acciones se encendió en el corazón del hijo de Agripina. La hermosura de los jardines, la magnificencia de los palacios y la pompa de SÉNECA, superior á un hombre particular, fueron los pretextos que halló Neron para en lo público no manifestarse tan amoroso con su maestro, puesto

que el filósofo cordobés parecía como que en riquezas y lujo intentaba aventajarse al Príncipe, con riquezas adquiridas por el precio en que vendía sus favores.

SÉNECA, que sobradamente conocía la mudable y maligna condición de su discípulo, no bien entendió el poder que en el ánimo del Emperador había conseguido la envidia, se presentó á él y le dijo semejantes razones: «Yo he recibido de mi dueño cuanto mi dueño ha deseado concederme. Cansado estoy con el peso de los cargos públicos y con mis años. Dame licencia de retirarme de Roma y vivir modestamente en la soledad de una de mis quintas. Pues sólo quiero el sosiego del ánimo, todas las riquezas que me entregaste vuelvan á tu poder, haz que tus procuradores las administren, y con todo ello adquirirás la gloria de que por tí hago desprecio de la fortuna.»

Neron, como avezado á reprimir sus odios y á simularlos con expresivos halagos, abrazó y besó repetidas veces á SÉNECA, encareciéndole cuán necesario era para su gloria de emperador que conservase las riquezas, pues de otro modo dirían los mal contentos que la avaricia del príncipe, y no la modestia del filósofo, había compelido á éste á apartarse de su posesion.

Desde este coloquio refrenó SÉNECA sus ostentaciones y vanidades, y se mantuvo sin salir á las calles y plazas por espacio de muchos días, para dar á entender que olvidaba los negocios públicos por el estudio.

Comenzó á conformar su vida con sus escritos y á regirse por la luz de la filosofía. La adversidad, que caminaba hácia él con presurosos pasos, le recordó que era llegada la hora de manifestarse grande hombre en medio de la corrupción del siglo.

Ya SÉNECA había dicho que el vivir siempre en felicidad es no conocer una parte de la naturaleza, y que ¿de dónde consta la virtud de un varon fuerte, cuando no le ha dado la fortuna ocasión de ejercitarla?

SÉNECA en los días de la prosperidad llamó á Caton *única imagen de las virtudes*; pero así como tuvo la suficiente grandeza de alma, segun el criterio pagano, para admirar á aquel hombre, que consideraba digno del respeto de todas las edades, apartó los ojos de su modelo mientras se halló en la cumbre de la dichosa fortuna. Mal podía con el ánimo poseído de la virtud y entereza de Caton, mirar serenamente los males de la patria y servir de consejero á Neron en todos los pasos de su sangrienta vida.

Parece como que SÉNECA juntó preceptos para seguirlos fielmente cuando la fortuna lo entregase al furor de la demencia de su discípulo.

Lo mismo en el libro de *La divina Providencia* que en el de *La tranquilidad de ánimo* ó en el de *La constancia del sabio*, trajo siempre muy en la memoria á Caton, como el ejemplo más admirable de virtud. «Solo Caton, decía, estuvo firme contra los vicios de la república, que iba degenerando y cayéndose con el peso de su misma grandeza. Murieron juntos él y la república, pues ni Caton vivió en muriendo la libertad, ni hubo libertad en muriendo Caton.»

La ruina de SÉNECA no se cumplió hasta que á manos de su discípulo no llegó un pretexto con que colorirla á los ojos del mundo con ménos infamia del que la ordenase. Sucedió que descubierta la trama que contra la vida de Neron había urdido Pison, uno de los conjurados dijo que de órden de éste fué en cierta ocasión á visitar á SÉNECA para significarle que se dejase ver de aquel caballero, y que el filósofo había respondido que si bien tales pláticas á ninguno de los dos convenían, su salud ó salvación dependía de la de Pison.

Estaba SÉNECA en una casería á cuatro millas de Roma con su esposa Pompeya Paulina y con dos amigos, cuando un tribuno cercó con soldados la morada del maestro de Neron, y entró á interrogarle con el fin de que diese respuesta clara y satisfactoria á todos los cargos que contra él resultaban del proceso. No mostró alteración alguna SÉNECA, ántes bien manifestó que Pison le había enviado á decir que estaba muy quejoso por no permitirle sus visitas, á lo cual había respondido que no lo consentían sus achaques, ni ménos el deseo que tenía de reposo.

Volvió á palacio el mensajero de Neron, y Neron le preguntó si había visto en el semblante de SÉNECA señal alguna de temer la muerte, y como el tribuno le dijese que no había descubierto en él señas ó indicios de temor y de tristeza, le ordenó que tornase á la casería del filósofo para notificarle la mortal sentencia.

Volvió el tribuno á la morada de SÉNECA, y no atreviéndose á verlo, envió á uno de los centuriones para que le trasmitiese el precepto de Neron y para que fuese inmediatamente ejecutado.

Ninguna alteración mostró SÉNECA al saberlo. Pidió tiempo para dictar su testamento, y como

no se le concediese, se dirigió á sus amigos y los animó con cariñosas reprensiones y con dulces consejos á que abandonasen el llanto. Abrazó á su mujer y la exhortó á la fortaleza y al consuelo; pero ella quiso morir con su esposo y exigió que le diesen la muerte. Como SÉNECA la amaba entrañablemente, temió que Pompeya Paulina quedase expuesta á los oprobios del vulgo y quizás á nuevas iras de Neron, y por eso, no sólo consintió en sus deseos, sino que le habló con estas razones: «Yo te habia mostrado los consuelos de esta vida; pero tú eliges la gloria del morir. Entre los dos sea igual la constancia en un fin tan generoso.»

Dijo, y se cortó las venas de los brazos al mismo tiempo que Pompeya Paulina. Pero su cuerpo, debilitado, así con la larga abstinencia como con la mucha edad, se negaba á despedir prestamente la sangre. Entónces rompió las venas de piernas y rodillas, y temeroso de que la vehemencia del dolor no le obligase á prorumpir en alguna muestra que turbase el ánimo de su mujer, ó de que huyese de sí la fortaleza al mirar el tormento de su infeliz consorte, la persuadió á que se apartase de su vista. Ella, cediendo á los ruegos de su esposo, se dejó llevar á otro aposento.

Como la elocuencia no se habia separado aún del ánimo de SÉNECA, mandó éste que escribiesen sus palabras acerca de la brevedad de la vida y de la inconstancia de la fortuna.

No quiso pedir misericordia á su discípulo. En ello siguió el ejemplo de Caton, que habia ensalzado en uno de sus discursos. «Tan infame hubiera sido á Caton, dijo, pedir á otros la muerte como pedirles la vida.» Y esta sentencia, que escribió cuando estaba favorecido con la privanza del Monarca, no se apartó de su memoria cuando recibió el castigo de haber educado un tirano.

La muerte de SÉNECA no era la del consejero de Neron en el parricidio: no era la del hombre que buscaba frases elegantes y razones verosímiles con que disculparlo á los ojos de un senado que sólo queria apariencias de disculpas. Era la muerte con la sublimidad que comprendia el espíritu pagano: muerte imitacion de la de Sócrates: la del filósofo moral que habia escrito para doctrina y ejemplo los libros de *La vida bienaventurada* y de *La constancia del sabio*.

Dilatóse el dolor en su pecho para que manifestase aún más constancia de ánimo. Huyendo de su cuerpo muy poco á poco la vida, tomó un veneno para apresurar su fin; pero en vano.

Sucedió en SÉNECA lo que SÉNECA habia admirado más en Caton. «Creo que no sin causa, dijo en uno de sus libros, fué la herida poco cierta y eficaz, porque los dioses necesitaban para que ofreciese grande espectáculo á sus ojos Caton, verlo por dos veces en el trance de la muerte. No es necesario tan valeroso ánimo para intentarla como para volver á emprenderla.»

Inútil la pérdida de la sangre para arrebatárle brevemente la vida, y cerrados todos los caminos, con el hielo de la muerte, á la violencia de la ponzoña, mandó SÉNECA que lo introdujesen en un baño de agua tibia, y con ella y su sangre roció á los que estaban presentes, diciendo que ofrecia *aquel licor á Júpiter libertador*. Luégo que rindió el postrimer aliento fué quemado sin pompa alguna, segun habia prevenido en un codicilo que ordenó hallándose rico y poderoso, pero con el cuidado de la muerte.

Su mujer le sobrevivió algunos años para honrar su memoria, pues de órden de Neron los soldados persuadieron á los libertos de SÉNECA que impidiesen la muerte de Pompeya Paulina, contra quien no tenia la menor saña. De este modo logró Paulina la fama de haber querido imitar en aquella gloria gentilica á su marido, y mostrando en su rostro y miembros descoloridos la pérdida de mucha parte de su sangre, atrajo á sí la veneracion de las gentes.

La vida de SÉNECA es la mezcla de la virtud y de los vicios en un mismo sujeto: el saber dictando leyes á la moralidad del hombre, y separándose de las máximas que presentaba al mundo para bien vivir con desprecio de la fortuna. Parece como que quiso dar ejemplos de la sinceridad de costumbres en sus escritos, y seguir en la vida los contrarios, para probar que apartándose del camino seguro de la virtud, ni la sabiduría logra firmeza en la prosperidad, ni el gran ingenio basta á detener las consecuencias de los vicios, si la sabiduría y el ingenio han sido sus esclavos.

San Lino (*In Pass. Pauli*, París, 1583) dice que SÉNECA no se hallaba sin san Pablo: tienen por evidente esta comunicacion san Agustin (ep. 14) y Tertuliano (*Apologia*).

San Jerónimo lo cree tambien convertido al cristianismo, y auténticas las epístolas que se dicen de san Pablo á SÉNECA y las de SÉNECA á san Pablo. Y aún escribiendo á san Dámaso pone á SÉNECA entre los setenta y dos discípulos de Cristo. Erasmo no considera auténtica esta epístola, así como la correspondencia atribuida al Apóstol de las gentes y al filósofo estoico. Tampoco el cardenal Baronio considera auténticas estas epístolas.

¡Qué diferencia entre un san Pablo y un SÉNECA! Mirad al Apóstol de las gentes. Predicando desnudo y afligido de la sed y del hambre, ganada la comida con singular desprecio de todo, con el trabajo de sus manos y el sudor de su rostro, no temia confesar sus errores: que habia sido perseguidor de Cristo, indigno de ser llamado apóstol. Hablaba de sí, y en cosas que para él eran de gran crédito ó gloria, prudente y generoso, ó callaba ó decia con gran violencia lo ménos que podia decir, disminuyendo su importancia. Hacia poco caso de los juicios de los hombres: sólo hacia mucho del de Dios. Hé aquí su altísima filosofía.

No buscó ni quiso los títulos de honra; apreció más las afrentas y los oprobios. Sin amar á Cristo no quiere su gloria, porque para él no habia más gloria que amar á Jesucristo.

En sus epístolas nos previene que debemos mirar este mundo y usar de él como si no hubiera tal mundo ni de él hubiera uso alguno. En los mayores peligros se hallaba el primero, el primero en las más arduas empresas. «Para todo me hallo con alientos, decia, puedo todo»; pero ¿en quién? en aquel que lo confortaba, en Jesucristo, en su amor, en su doctrina.

Hizo tanto ó más por la fe cuando convertido, como ejecutó cuando perseguidor.

«He trabajado más que todos», decia: no escribió «yo he aprovechado más que todos.»

Si hubiera san Pablo preguntado á un filósofo deista: ¿Por qué no puede pecar Dios? hubiera obtenido esta respuesta: «Porque es la regla primera, por la cual todas las acciones se rigen para el acierto.» Pero san Pablo fundaba la impecabilidad de Dios en que Dios no es malo, ni en él puede haber pecado, porque, si lo hubiese, ¿cómo podria juzgar el mundo?

Se hizo Pablo para todos, de todos modelo y guía de todos para salvar á todos. En sus prisiones más parecia un rey sentado en su solio que un cautivo entre miserias.

No le bastó (como decia el Crisóstomo) ser apóstol ó doctor para enseñar, si no hubiera escrito con sangre su doctrina, si no hubiese tenido por púlpito la cruz, por librería la cárcel, por libros las cadenas y los grillos.

«Yo lleno ó suplo con mis obras lo que faltó á la pasion de Cristo», exclamaba san Pablo. Y ¿qué faltó en méritos, en dignidad, en martirio, en humildad, en paciencia, en constancia? ¿Cómo podia suplir Pablo á Cristo, como un hombre á Dios? Ésa era otra de las grandes doctrinas de la filosofía de san Pablo. Nada faltó, es cierto, á la pasion de Cristo, nada en sí; pero algo faltó para que aprovechase al mismo Pablo. Faltaba el padecimiento propio, faltaban las propias obras, faltaba el personal trabajo, porque no quiso Dios con sola su pasion perdonar nuestras culpas, sin que el hombre de su parte junte otros merecimientos. El perdon está como comenzado; queda perfecto con las obras; por eso san Pablo con las suyas suplía lo que faltaba para su cumplimiento.

De puro grande, el amor de Pablo se rinde ante una lágrima del prójimo. Dijo el Apóstol á los de Cesárea: «¿Qué haceis llorando, sino afligir y despedazar mi corazón?»

Esto escribia aquel que exclama: «¿Quién nos apartará de la caridad?» Éste era el que no hacia caso de las fuerzas de los monarcas. Pero la caridad lo unia tanto con los cristianos, que ántes hubiera sido posible dividirle que apartarlo de ellos.

En su caridad se unen todos los hombres: fué uno de los que contribuyeron á poner paz entre el pueblo judaico y el gentil, paz del espíritu, paz de la doctrina. Grandes martirios le costó el mostrar en su vida y obras la vida de Jesucristo.

Se hizo omnipotente en la conversion del mundo por su pobreza y desinterés en sus ministerios.

Corria de pueblo en pueblo, de penas en penas y de muerte en muerte, y el amor de la doctrina de Cristo era quien lo llevaba. Pasó de las tempestades del mar á las prisiones, de las manos de los verdugos á las del pueblo. Un dia servia de irrisión, otro de alabanza, de convertir almas á los suplicios, de predicar como maestro á ser llevado á los tribunales como malhechor.

No era ménos sabio cuando hablaba como niño á los niños que cuando mostraba su sabiduría entre los perfectos, ni era ménos cuando se hacia enfermo con los enfermos que cuando conversaba en los cielos.

Marco Tulio decia: «Si Júpiter hubiese de hablar en griego, no usaria otro lenguaje que el de Platon.» Esto escribia para encarecer su elegancia. Cumpliése este deseo en san Pablo. Para hablar Dios á los hebreos, les habló en el lenguaje del Apóstol de las gentes: lo mismo á los romanos, lo mismo á los hebreos; porque éste habló en lengua de todas las lenguas, predicó en lengua de Dios.

Con estas diferencias entre san Pablo y SÉNECA, véase si parecen verosímiles tales cartas, de que será bien dar alguna muestra.

SÉNECA Á SAN PABLO.

«Creo, Pablo, tienes noticia de cómo ayer Lucilo y yo hablamos de tí acerca de los apócrifos y otras cosas. También con mis compañeros se hizo conversacion de tu doctrina; porque salieron á pasear á los huertos Salustianos, la ocasion y el tiempo nos convidaban al reparo de ella. De verdad quiero que entiendas que deseábamos tu presencia, porque nos entretuvimos en leer tu librito y otras epístolas, que has enviado á otras ciudades y cabezas de provincias, con admirable estímulo á la consideracion de la vida mortal, de las cuales sentencias juzgo que si bien dices que no son tuyas, son de algun soberano númen que te asiste, porque es tanta la majestad de sus conceptos, y tanta la generosidad de su adorno, que casi las tengo por inimitables; en particular las de las edades de los hombres, que enseñé á todos, y de las que diré que han podido aprovechar. Por lo que deseo, hermano, tengas salud y que te guarde Dios.»

DE SAN PABLO Á SÉNECA.

«Con mucho gusto ayer recibí tu carta, á la cual al instante respondiera si tu mensajero hubiese parecido. Ciertamente sabes el cuándo, por quién, en qué tiempo, el qué, á quién se deba dar y cometer. Ruégote que no tengas á menosprecio cuando miro la calidad de tu persona, ántes tus cartas me son de mucho contento siempre que escribes. Por feliz me considero de haber correspondencia con varon de tanto juicio. Creo que á ninguno darás noticia de ella, siendo maestro tan prudente de tan gran príncipe y de todos, y te repito con la misma fineza las saludes, rogando que Dios te guarde.»

Los que han fingido lo del cristianismo de SÉNECA y los que sinceramente lo han asegurado no pararon mientes en que murió como gentil, no invocando á Jesus, sino á Hércules.

Su muerte fué teatral, pero valiente, noble y resignada; pero de ningun modo dentro de las creencias de la fe en Cristo.

Segun Nourrison (1), á pesar de lo esplendente del lenguaje de SÉNECA, para él Dios se reducía á la naturaleza, la Providencia al destino, el alma á un cuerpo de una materia sutil, pero al fin materia.

SÉNECA, como buen estoico, era indiferente á la vida y á la muerte: el suicidio, el infalible y supremo recurso contra las adversidades invencibles.

Malebranche escribía que nada existe más magnífico que la idea que del sabio nos da SÉNECA, pero que en el fondo nada hay más vano ni más imaginario. El retrato de Caton es demasiado hermoso para ser exacto: sólo sorprende y maravilla á los que ni estudian ni conocen la naturaleza.

Prosiguiendo en el estudio comparativo, ligeramente, como sólo me es posible, de san Pablo y de SÉNECA, veamos cómo entienden la libertad. «Por precio habeis sido comprados: no os hagais siervos de ningun hombre», decia el primero, para exhortarnos á la libertad de ánimo que da el tenerlo en la doctrina de Jesucristo. «Preguntas qué es libertad, enseñaba SÉNECA: no servir á cosa alguna, á ninguna necesidad, á ningun caso, y reducir la fortuna á lo justo.»

Discurriendo por sus obras, veremos que SÉNECA, sometido á la doctrina estoica, queria afectar independenciam en sus opiniones. Así, para persuadir que no habia jurado en palabras de otro filósofo, ni seguía ajenos pareceres por sola la autoridad de los maestros, dijo en una epístola (la 45): «De nadie soy esclavo; no traigo nombre ajeno; tengo mi opinion, tengo mi voluntad propia.»

No acabó de celebrar bastantemente SÉNECA aquel dicho de Marco Antonio, al verse desamparado de la fortuna: «Sólo me ha quedado lo que di.» El filósofo cordobés exclamaba: «¡Oh cuánto pudo tener si hubiera querido! Y si sólo le quedó lo que habria dado, claro es que si hubiera dado todo, todo le quedára.»

(1) *Tableau des progrès de la pensée humaine*, cap. xvii.

El libro de *La vida bienaventurada*, que dedicó á su hermano Galion, donde traza la apología de sus acciones contra la maledicencia de sus émulos, fué escrito á los fines de su vida, y es de los escritos mejores suyos, al sentir de Justo Lipsio y de Marco Antonio Mureto.

Al hablar del amor, dijo en una de sus tragedias (1): «La deshonestidad desenfrenada, por acreditarse, fingió que el amor era Dios, y para proceder más libremente y sin que ninguno le atajase el camino, la honró con el título de la divinidad que habia inventado.»

De SÉNECA son estas notables sentencias:

Trabajo es comenzar la vida cuando ella se acaba.

Ávida es siempre de peligros la virtud.

Argumento es de casta ser fea.

Para conocer las cosas que no mueren, se muere muy presto.

Si el padre es bueno, débese amar, y si malo, sufrir.

Buena es la mujer cuando claramente es mala.

El avariento nunca hace cosa acertada sino en la muerte.

La inconstancia de nuestro vivir hace más corta la vida.

Vende su propia libertad el que recibe ajeno beneficio.

Bueno es el dinero si lo manda la razon.

Consejo se debe tomar conforme al dia, y si fuere posible, segun la hora.

El que al afligido promete con duda la salud, ése se la niega.

Aun de males hay ambicion.

No queda que perder al que una vez el crédito perdió.

A quien fortuna favorece, para mayor trabajo lo guarda.

Malas palabras, aun ligeramente dichas, ofenden.

En el entendimiento del sabio, aun despues de sanada la llaga, queda señal.

El mayor mal que en los vicios puede haber es mudarse unos en otros.

El desdichado no cree á la prosperidad cuando viene.

La mujer no tiene medio: ó ama mucho ó aborrece mucho.

No hay cosa tan cara como la que con ruegos se compra.

Insufrible cosa es rogar por lo que ya se concedió.

Ninguno ama á su patria porque es grande, sino porque es suya.

Pocas veces el discípulo iguala al maestro.

Triste cosa es no saber morir.

No sabe tornar á casa la vergüenza que se fué.

Lo que nunca se hizo se puede hacer.

El que no quiere vivir sino entre justos, viva en desierto.

Tomada amistad créase, y ántes de tomarse júzguese.

El que aconseja que se piense en la muerte, libertad aconseja.

El Marqués de Argen decia, en su *Historia del espíritu humano*, que algunos modernos se han utilizado como propios, de varios pensamientos debidos al talento de SÉNECA. En el libro de las *Cuestiones morales* creia ver el Marqués la noticia de la circulacion de la sangre (2).

Hasta en el famoso coro de la tragedia *Medea* se ha visto una profecía del descubrimiento del Nuevo Mundo, y no somos nosotros solos, es decir, cuantos han hecho esta indicacion, los que han visto esta profecía. El mismo almirante Cristóbal Colon, en el libro en que recopiló los dichos y las sentencias, y aun las profecías del descubrimiento de las Indias y recuperacion de la Tierra Santa, cita los versos de SÉNECA con esta traduccion castellana:

«Vernán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano aflojará los atamentos de las cosas, y se abrirá una grande tierra, y un nuevo marinero, como aquel que fué guía de Jason, que ovo nombre Típhi, descubrirá mucho mundo, y estónces non será la isla Tule la postrema de las tierras.»

En el siglo xv, y en la córte de D. Juan II, el entusiasmo por los escritos filosóficos de SÉNECA

(1) El *Hipólito*.

(2) *Corpora nostra non aliter tremunt quam si spiritum aliqua causa conturbat: cum timore contractus est et ventis turpentibus marcet, etc.*

fué grande. No se olvidó de él su patria cuando empezó nuestra literatura á verse cultivada con más empeño.

El doctor Pero Diaz tradujo y dedicó al Rey los *Proverbios de Séneca, é el libro que compuso, que intitula de las costumbres é los fechos*, impresos luégo en 1482, 1500, 1512 y 1552, sin contar otras ediciones sucesivas. Fernan Perez de Guzman trasladó á la lengua castellana las *Epistolas de Séneca*, que se publicaron, con una introduccion de filosofia moral, en Zaragoza, el año de 1496.

En el siglo xvii tambien se habló mucho de SÉNECA y sus obras.

Don Alonso Nuñez de Castro, cronista general de los reinos de Castilla, publicó un libro intitulado: *Séneca, impugnado de Séneca en cuestiones políticas y morales* (Madrid, 1631).

Su propósito es, sirviéndose de opiniones contrarias del mismo SÉNECA en diversas obras suyas, defender al filósofo en aquellos pareceres que le parecían erróneos.

Don Juan Baños de Velasco y Acevedo publicó en Madrid, el año de 1670, otro libro con este título: *L. Anneo Séneca, ilustrado en blasones políticos y morales, y su impugnador impugnado de sí mismo*; y tambien al año siguiente este otro libro: *El sabio en la pobreza, comentarios estoicos é históricos á Séneca*. Baños de Velasco lo calificaba del español más valeroso en las penalidades, del rico más prudente en sus grandezas, del ministro más entero en sus decisiones, del privado más sencillo en la soberanía de su valimiento y del maestro más perfecto de un príncipe.

Entre estas publicaciones de Nuñez de Castro y Baños de Velasco, dió á luz Fr. Gaspar Ruiz Montiano, de la órden de San Benito, el libro *Espejo de bienhechores y agradecidos, que contiene los siete libros de beneficios de Lucio Anneo Séneca* (Barcelona, 1666).

Fernandez de Navarrete habia dado á la estampa, á principios del siglo xvii, los siete libros de SÉNECA, en la traduccion que sirve de texto en el presente libro.

Que en algunas de las doctrinas filosóficas de SÉNECA hay coincidencia con las de los padres de la Iglesia, en cuanto no son peculiares del estoicismo, nadie puede poner duda, en la confianza de que se dirige á la verdad.

Muchas de las doctrinas morales de SÉNECA parecen como inspiradas por la luz del Evangelio, lo cual no es decir que el filósofo cordobés hubiese aceptado el cristianismo.

San Pablo fué citado en Acaya ante el tribunal de Galion, hermano de SÉNECA; más tarde en Roma ante el prefecto del pretorio, Burrho, amigo del filósofo. Tambien compareció ante Neron dos veces. Pudo, pues, tener SÉNECA noticia de San Pablo y aun de sus escritos, y aceptar de ellos muchas de sus doctrinas morales, sin por eso creer en Jesucristo y seguir los demas preceptos filosóficos que estaban en contradiccion abierta con el estoicismo.

Si examinamos las opiniones de SÉNECA sobre muchos puntos de moral filosófica en comparacion de los escritos de los santos padres, ¿cuántas semejanzas hallaríamos?

De aquí nació el gran crédito que en la Edad Media tuvo SÉNECA entre los sabios.

Otro español eminente en letras y filosofia fué Marco Fabio Quintiliano, nacido en Calahorra el año 42 de la era cristiana; escribió las *Instituciones oratorias*, libro de gran elocuencia. Dúdase por muchos que sean suyas varias declamaciones que corren con su nombre, y el fundamento de este dudar procede de reputarlas inferiores al mérito de Quintiliano.

El diálogo *sobre las causas de la corrupcion de la elocuencia*, que tambien se ha considerado obra de su ingenio, se atribuye por algunos á Tácito, por otros á autores diversos, si bien consta que con ese mismo título Quintiliano escribió un libro.

No cumple á mi propósito tratar de este autor como preceptista en la oratoria; sólo sí manifestar cuán alta era su inteligencia y cuánto cultivaba la filosofia.

En sus escritos es un filósofo orador el que habla, dando los preceptos más oportunos, y profiriendo sentencias dignas de toda veneración. Véanse algunas de ellas.

Quando duda el que dice, presuncion es de verdad.

Por culpa nuestra es nuestra vida corta.

De los hijos, el que muere, ése es el más amado.

No te dejes caer aunque la adversidad lo quiera.

Falte la vida, pero no falte el esfuerzo.

Más eficazmente se arraiga lo peor.

Ninguna cosa pone en efecto el que siempre teme.

Las más veces se engañan los que mucho de sí confían.

Mejor es no acusar al malo que absolverlo.

La primera señal de buen juicio en los más es la memoria.

Grandes espíritus, si están ociosos, en maldad se ocupan.

No hay edad tan larga á que no falte saber.

Muchas veces por mentir se gana autoridad.

El mayor de los males es la condicion maliciosa.

Mudables son las esperanzas de los afligidos.

Libre es la aficion y no conoce señor.

Todo malo es ignorante.

Mucho siente de sí el que con ninguno se compara.

No desean sanar los enfermos de amor.

No hay fingimiento al morir.

Razon es que calle quien no ha de ser creido.

Témese de decir lo que con dificultad se ha de creer.

No moran juntos hambre y vergüenza.

La más cruel de las muertes es la que el pueblo da.

La ciencia se puede fingir, pero no la elocuencia.

Con quien la razon no puede, puede el miedo.

El que á los ignorantes se muestra sabio, á los sabios parece ignorante.

¿Qué no crió libre la naturaleza?

Lo que nunca se puede acabar de saber es tambien necesario que se sepa.

Torpeza es perder la esperanza de lo que es posible alcanzar.

Damos por hecho lo que mucho deseamos.

San Isidoro, arzobispo de Sevilla, perteneció á aquel ramo de sabios que ilustraron la monarquía visigoda, como San Leandro, San Julian, San Eugenio, San Ildefonso, San Félix y otros. Floreció á los fines del siglo vi y principios del vii.

Resumió en varias de sus obras lo más selecto de la filosofia griega y latina, en consonancia con el cristianismo, y todo de una manera sumamente clara y con superior criterio; entre ellas la más célebre es la intitulada *Etimologías*. El octavo concilio toledano lo llamó *Ecclesiae Catholicae novissimum decus.... et in saeculorum fine doctissimus*.

Como una muestra de la excelencia de sus doctrinas, merecen citarse las sentencias que siguen:

Incierta es la amistad en la próspera fortuna. No se sabe si se ama á la felicidad ó á la persona.

¿A qué admiras, hombre, la altura de las estrellas y la profundidad de los mares? penetra en el abismo de tu alma y admírate si puedes.

El que corrige al delincuente con ánimo soberbio ó odioso, no lo enmienda, sino lo hiere.

El príncipe justo quiere á veces dispensar los errores de los malos, no porque consienta su iniquidad, sino porque aguarda el tiempo oportuno de su correccion, cuando convenga enmendar sus vicios ó castigarlos.

Lo que de bueno hicieres con discrecion, eso es virtud; lo que sin discrecion practicares, vicio es. La virtud indiscreta, por vicio se considera.

La discrecion es pródiga en juzgar las causas de las cosas y razon moderadora de las humanas inteligencias.

Se ha de preferir en la leccion, no las palabras, sino la verdad. Frecuentemente se halla la sencillez vendida y la falsedad compuesta.

El buen doctor (ó prelado) es el que con humildad guarda la disciplina, y por la disciplina no incurre en la soberbia.

Quando alguno está constituido en superior lugar se halla en igual peligro, y cuando se encuentra en más elevado y espléndido honor, si delinque, es más pecador, más grande.

El primer estudio de la ciencia es buscar á Dios.

El colmo de la mayor culpa es saber uno lo que debe saber y no querer seguir lo que sabe.

La penitencia tiene el nombre de *pena*. La penitencia no se ha de hacer por medio de las palabras, sino por medio de obras.

Siempre en la vida del hombre se ha de buscar el fin, porque Dios no mira cuáles fuimos ántes, sino cuáles estamos cerca de nuestras postrimerias.

Quien ama las heces del mundo, quiera ó no quiera, ha de sucumbir á la pena del miedo y del dolor.